

CUENTO DE CUMPLEAÑOS

1º - 3º

Juan (María) vivía en una casa muy luminosa: se trataba de una estrella. Vivían allí otros muchos niños quienes se divertían jugando sobre las nubes. Era una vida muy dulce y agradable. Cuando llegaba la noche, recibían pan y vino de las estrellas...Entonces, como si hubiesen dormido toda una larga noche, encontrándose inmediatamente restablecidos.

La alegría más grande de Juan era el poder contemplar a su Ángel subido sobre una nube, acercarse a la casa. Él lo había percibido ya desde hacía largo tiempo, pero de lejos y se decía a sí mismo:

-“Siento en la mirada de este Ángel que me ama mucho, y estoy seguro de que es “Mi Ángel”.

De vez en cuando, el Maestro de la casa, llamaba a alguno de los niños al interior de la misma, cerca de su trono y le decía:

-“¿Sabes?, me gustaría enviarte a la Tierra”.

Un día, le llegó a Juan su hora. Se presentó ante el Maestro y este le dijo:

-“Juan, hace ya mucho tiempo que estás en la casa de oro, ahora quiero que desciendas a la Tierra”.

-“¡Oh, no!”, dijo Juan. -“Estoy bien aquí y disfruto mucho con mi Ángel. Me quiero quedar aquí siempre”.

-“Si”, dijo el Maestro, “pero mira, hay hombres allá abajo en la Tierra y me gustaría que fueses a hablarles de la casa de oro. ¿Podrías hacer esto por mí?”

-“De acuerdo, pero entonces iré con mi Ángel”.

-“Si, Él te acompañará”.

Al poco tiempo llegó su Ángel subido en una nube más espesa que de costumbre y sobre ella partieron en un largo viaje hacia la Tierra.

El Ángel dijo a Juan:

-“Voy a hacerte visitar todos los reinos, aquellos que viste desde lejos en las estrellas del cielo; tenemos que ir allí pues tienen regalos que quieren ofrecerte”.

De esta forma, la nube se aproximó al primer reino, hecho de aire y de transparencia azulada. Al llegar allí, Juan avanzó, ligeramente empujado por el viento, hacia un gran trono todo azul, donde **el rey Saturno** estaba sentado, envuelto en su gran manto azul sembrado de estrellas.

Cuando Saturno vio a Juan, abrió sus brazos y le hizo señas para que se aproximase hacia él.

-"Juan, has vivido hasta ahora en las estrellas pero debes partir hacia la Tierra. Quisiera ofrecerte algo para que no olvides jamás que tú eres un ser de las estrellas, un ser de luz".

Entonces tomó un trozo de su manto e hizo un pequeño manto que colocó sobre los hombros de Juan diciéndole:

-"Toma también este cetro de oro. Él es la medida justa de todas las cosas y el signo de lo correcto. Lo necesitarás cuando estés en la Tierra".

Una vez que el rey Saturno hubo entregado sus regalos, el Ángel indicó a Juan que regresase hacia Él y juntos abandonaron el reino del Aire Azul para descender hacia otro país.

Pronto llegaron a un espacio que parecía cubierto de pequeñas flores naranjas: el Ángel susurró al oído de Juan:

-"Llegamos al reino de un gran sabio: el Sabio Júpiter. Tiene muchas cosas que enseñarte. Presta bien atención a todo lo que él te diga".

El sabio Júpiter estaba sentado en su trono naranja y llevaba sobre su cabeza una magnífica corona de doce puntas. Tenía una larga barba blanca y parecía muy concentrado en sí mismo. Acogió a Juan con alegría y le dijo:

-"Hijo de las estrellas, ahora serás hijo de hombre. Voy a darte un poco de mi sabiduría antes de que desciendas a la Tierra, a fin de que no actúes sin razón allá abajo".

Entonces tomó una pequeña corona de oro y la depositó sobre la cabeza de Juan diciendo:

-"Cuando estés en dificultades, o tengas problemas, mira hacia arriba, hacia mi reino y yo te daré la sabiduría necesaria. Ella brillará sobre tu cabeza como una corona y así sabrás lo que tienes que hacer".

Habiendo dado las gracias a este gran Sabio, Juan continuó con su Ángel hacia otros planetas. Llegaron a un país totalmente rojo, donde, por primera vez, el suelo era una soporte un poco firme, como si fuese un continente hecho de tierra roja.

El Ángel dijo a Juan:

*-"¡Sujétate bien fuerte!. Estamos en el reino del **caballero Marte**".*

El caballero, vestido de rojo, avanzó hacia Juan, martilleando el suelo con sus pies. Llevaba una espada a la cintura y una armadura. Era muy impresionante y daba casi miedo. Dijo a Juan:

-"Parece que quieres descender a la Tierra. ¿Crees tú que puedes llegar a ella así tan ligero como tú eres? Necesitas un poco más de coraje. Necesitas controlar la fuerza guerrera que yo poseo para que puedas hacer algo en ese mundo; tú eres demasiado fino y ligero. Te daré de mi fuerza y coraje. Ella circulará en tu sangre".

Marte le puso la mano en la espalda y Juan sintió como una enorme fuerza llenaba completamente su cuerpo.

-"Toma, no sólo te doy esta espada de hierro en tu sangre sino que también te entrego esta espada en tu mano; ella te permitirá batirte contra todos los enemigos del Bien, aquellos que desean tu vida".

Después el Ángel condujo a Juan hacia un reino al que no se podía llegar. Era preciso contemplarlo desde lejos pues cuando uno intentaba aproximarse más, sentía tal calor y tal intensidad de luz que era imposible avanzar.

*-"Es el reino del **Príncipe del Sol**, dijo el Ángel. Espera. Seguramente él enviará a uno de sus mensajeros hacia ti".*

Al instante vieron aparecer a un Ángel vestido completamente de oro. Llevaba en la mano un broche que brillaba como el Sol. Dijo a Juan:

-"El Príncipe de este reino quiere hacerte un regalo; él quiere que brille en tu corazón la fuerza del Amor de la misma manera como aquí el Sol brilla y calienta al mundo entero".

Cuando el Ángel colocó a Juan el broche, el niño sintió, por primera vez, que su corazón latía.

Enseguida descendieron hacia un reino que intrigó mucho a Juan porque esta vez no debían encontrar ni a un Rey, ni a un Sabio, ni a un Guerrero, ni a un Príncipe, sino a **una Reina**. Al aproximarse al país, se le veía cubierto de un suave verde que invitaba a quedarse allí y reposar; **la reina Venus** estaba sentada en su trono y se puso muy feliz al ver llegar a Juan. Ella le dijo:

-"Ya veo que has estado en casa del Príncipe del Sol. Él ha hecho batir tu corazón. Pues bien, yo te daré otro secreto de manera que esas fuerzas del Amor y del corazón, desciendan hasta tus manos y que con tus manos puedas expandir la bondad a tu alrededor".

Le entregó un pequeño cofre dentro del cual había pequeños frasquitos que contenían bálsamos. Venus dijo a Juan:

-"¿Ves? Aquí tienes bálsamos que podrás ofrecer a los que estén tristes o sean desgraciados. Hay bálsamos para los pobres, para los orgullosos, para los perezosos, para todos los que no tienen coraje y tienen miedo. Hay bálsamos para todas las enfermedades".

Juan tomó el regalo cobijándolo bajo su brazo. Tenía ya el manto de Saturno, y el cetro en su mano; tenía la corona de Júpiter, la espada de Marte, el broche del Sol y ahora este tesoro de Venus.

El Ángel le dijo:

*-"Ahora vamos a ver si tenemos la suerte de encontrar a **Mercurio** en su país. Es muy difícil pues siempre está de viaje ya que Él es **el Mensajero del Cielo**".*

Y en efecto; cuando llegaron a su planeta completamente vestido de amarillo, no encontraron a nadie. Gritaron a los cuatro vientos:

-"¡Mercurio, Mercurio!, ¿Dónde estás?..."

Pero no escucharon ningún eco y no tuvieron más remedio que esperar a ver si el Mensajero regresaba a su hogar, al menos para saber si le esperaba alguna visita.

-“¡Ah, aquí estás hombrecito!. Te he esperado durante mucho tiempo. Llegas con bastante retraso. Se nota que no tienes prisa, ¿eh?. Bueno, escucha. Te voy a dar lo mejor que tengo. ¡Mira!. Tengo alas en la espalda, sobre las manos y sobre los pies. Voy a toda velocidad recorriendo el mundo entero. Llevo los mensajes que quieren confiarme. Pues bien, tú también podrás hacer como yo”.

-“¡Hum!”, dijo el Ángel. “Él no tiene alas para ir tan deprisa como tú. Tendrá problemas una vez que esté en la tierra”.

-“No”, dijo Mercurio, “pues yo le daré la palabra y la palabra volará tan deprisa como yo. Le pondré también pensamientos que correrán desde el cielo hasta los infiernos, desde la derecha hasta la izquierda, sobre la tierra y sobre el mar. Podrá viajar en pensamiento tan deprisa como yo”.

-¿Sabes?, finalmente lo más importante no es el correr de aquí para allá, sino que tus pensamientos no te hagan perder el equilibrio y la justa medida”.

A continuación, Mercurio le entregó una pequeña balanza que Juan pudo colocar en equilibrio sobre su cetro.

-“Si llegas a guardar así el equilibrio, serás fiel a lo que he podido ofrecerte, yo, el Mensajero Mercurio”.

Al abandonar el reino de Mercurio, el cielo se ensombreció un poco y la noche comenzó a aparecer pero el Ángel pensó que todavía tenían tiempo de llegar hasta **la Señora Luna**.

Llegaron allí a través de las brumas y nieblas de su reino. Estaba sentada en su trono y parecía saber que Juan estaba allí. Tenía en su mano un gran espejo, algo que Juan no conocía. A sus pies se encontraba una serpiente blanca. Al ver la serpiente, Juan hizo un movimiento de retroceso pero la señora le sonrió y le dijo:

-“No temas, no te hará nada mientras estés bajo mi protección”.

-“¡Aproxímate!”

-“¡Qué magnífico estás con ese manto sobre tus hombros y esa corona sobre la cabeza!...”

-“Tienes la fuerza y el coraje...”

-“¿Qué tienes en ese cofre?”

-“Tienes aspecto de un pequeño rey...”

Juan comenzó a enrojecer un tanto complacido...se sentía orgulloso, se irguió... La Luna le miró y dijo:

-“Tú no te conoces, ¿verdad?”

-“Si, dijo Juan, yo sé que soy Juan”.

-“Por supuesto ese es tu nombre pero...¿te has visto ya?”

-“Ven, aproxímate y mira...”

Y he aquí que Juan se encontró delante de ese gran espejo. Se miró, se miró...Estaba muy asombrado de mirarse, de ver esta majestad que le había sido ofrecida. Le había sido dado también el contemplar su rostro por primera vez.

Mientras él se contemplaba así, estaba como subyugado. El Ángel le llamó por su nombre y le dijo:

-“¡Juan, Juan!”

-“¡No te dejes atrapar así!”

-“¡Escúchame, retira tu rostro de ese espejo!”

Juan no escuchó ni su nombre ni la voz de su Ángel. Ni siquiera podía ver ya a la Dama Luna que estaba a su lado. Él estaba como atrapado en sí mismo, contemplándose y contemplándose todavía. Acabó durmiéndose y olvidando todo. El Ángel se cubrió el rostro con las manos y al instante aparecieron los servidores de la Dama Luna quienes dijeron:

-“No dejaremos que este niño se vaya con todas las cosas que tiene”.

Y entonces le quitaron el manto, la corona, el cetro, el broche...Le quitaron todo lo que poseía. Le quitaron también el cofre de Venus. Entonces lo dejaron allí completamente solo y desnudo. Cuando se despertó, todo había desaparecido envuelto en la bruma. Sólo estaba el Ángel que le llamaba dulcemente por su nombre:

-“Juan, ven, tenemos que continuar nuestro camino”.

El niño se miró sorprendido y preguntó dónde estaban todas las cosas que había recibido. El Ángel no respondió. Entonces se puso a llorar y continuó llorando a lo largo del camino tomado de la mano de su Ángel.

De pronto vieron aparecer a lo lejos a **una mujer**. Tenía sobre su cabeza doce estrellas y estaba cubierta por un gran manto azul. Una fuerza como la del Sol brillaba alrededor de su regazo y bajo sus pies se encontraban la serpiente blanca y la Luna.

Al ver a esta mujer, el niño se quedó contemplándola durante largo tiempo y después le pareció escuchar que le decía:

-“Juan, ¡deja de llorar!. Tengo algo que decirte”.

Se aproximó a él, puso un trozo de su manto sobre sus hombros y le dijo:

*-“Juan...Lo has perdido todo y lo has olvidado todo, mi **Hijo**, que ha descendido sobre la Tierra, no se ha dejado atrapar en la trampa del espejo”.*

-“ Él te espera. ¡Búscales!”.

-“Él te ayudará a encontrar de nuevo todo lo que has perdido”.

Así, el niño fue conducido por el Ángel hasta que llegaron delante de una gran puerta como de un túnel. El Ángel se colocó delante de él y le dijo:

-“Ahora es preciso que continúes solo pues yo no puedo atravesar esa puerta”.

-“¡Oh no!”, dijo el niño. “Me habían prometido allá arriba que tú me acompañarías siempre. ¡Tú no puedes abandonarme ahora!”

-“Escucha bien”, dijo el Ángel. “Yo no te abandonaré, pero yo no puedo pasar por aquí. Yo estaré siempre cerca de ti pero tú no podrás verme más con los ojos. Si alguna vez estás triste, o

tienes miedo, o estás sólo ¡llámame!. Estaré siempre ahí y me podrás sentir pues estaré en tu corazón”.

Y así es como el niño comenzó sus primeros pasos sobre la Tierra.

Cuando llegó al otro lado del túnel, vio que había una gran luz, y allí encontró una casita que tenía dos ventanas a través de las cuales pudo contemplar el mundo...

FIN

Aportación de Clara Quispe